

se encontró el bodisatva con una divinidad llamada Svasti (felicidad, salud), bajo la forma de un segador que llevaba una carga de hierba recién segada. «Dame un poco de esa hierba, dijo el bodisatva al hombre, porque lo necesito para alcanzar hoy la iluminación, el conocimiento supremo.» El hombre, contento y satisfecho de contribuir á que un nuevo buda alcanzara su objeto, le dió ocho manojos; pero el bodisatva le dijo, al tomarlos, que no eran las hierbas, sino el continuo anhelo y esfuerzo los que conducían al conocimiento más sublime. «Este conocimiento, dijo, no se da, sino que se adquiere.» Añadió que cuando oyese que él había adquirido el supremo saber, acudiese para oír la ley ó, como se dice, á probar la preciosa *amrita* (inmortalidad).

Pasó adelante el bodisatva y se aproximó brioso como un león y con paso lento al árbol de la ciencia, en torno del cual dió siete vueltas de izquierda á derecha, y después se detuvo del lado de Oriente. Allí extendió sus hierbas en el suelo con las puntas dirigidas hacia el árbol. En el acto levantóse en el mismo sitio un trono al cual cubrieron aquellas hierbas á manera de una alfombra tejida como de mano de artista. Sentóse el bodisatva en este trono con las piernas cruzadas y la cara dirigida á Oriente; todos los dioses fijaron la vista en él, y oyeron con júbilo y veneración estas palabras que el bodisatva pronunció con voz firme: «No abandonaré este asiento sin haber alcanzado el conocimiento supremo, aunque hubiesen de secarse y desaparecer la piel, la carne, los huesos y todo mi cuerpo.»

Entonces tembló la tierra en sus cimientos y el horizonte quedó alumbrado en todo el rededor con vivísima luz.

Faltaba al bodisatva librar un último combate, porque ocupando el trono al pie del árbol de la ciencia había declarado la guerra á Mara, el tentador, el señor del mundo de la sensualidad y de la concupiscencia; y antes de haber vencido á este enemigo, al cual prestaban homenaje los hombres y los dioses, no podía recibir la dignidad suprema de buda. Para esto envió el bodisatva un rayo de luz que alumbró y conmovió las moradas de Mara,

envueltas en tinieblas. Mara oyó las voces que, en medio de esta luz, cantaban himnos en loor del bodisatva por haberse acercado al árbol de la ciencia y que le suplicaban que concluyera su obra de salvación, haciendo participar á todos del conocimiento supremo; que salvara á los demás como se había salvado á sí mismo, y que alumbrara y despoblara las sendas del mal. Al propio tiempo pronosticaban á Mara su completa derrota. Mara oyó estas voces al despertar de pesados ensueños, y aterrado llamó á los jefes de su hueste, á sus hijos y criados y les dijo: «Los aires resuenan hoy de alabanzas y loas en honor del sakia cuyo cuerpo adornan las señales más preciosas. Después de seis años de pruebas durísimas, se ha acercado al árbol del conocimiento, y si este bodisatva alcanza la iluminación sublime, despertará é iluminará á centenares de millares de seres y despoblará mis moradas. Por esto hagámosle la guerra, y si me profesáis afecto, reunid pronto un ejército. Los budas egoístas y los *arhantes* (santones), aunque el mundo estuviese lleno de ellos, ninguna merma causan á mi poderío; pero si ese vástago de *Shina* llega á triunfar y á dictar la ley, me causará un daño incalculable.»

Sartavaha, hijo de Mara, aconsejó en vano que desistiera de semejante lucha, porque los augurios y avisos de ensueños eran funestos, y luchar y ser vencido era un deshonor. Aunque su padre Mara decía que al verle el bodisatva á él y á su séquito se arrojaría á sus pies, semejante creencia nacía tan sólo del orgullo y de la pasión y no de la reflexión prudente. «Un héroe como este bodisatva, dijo, equivale á todo un ejército malo, que ante él quedaría anonadado, como todos los gusanos que lucen de noche pierden su brillo ante la luz del día. Todas las reflexiones de Sartavaha fueron inútiles; su padre reunió un ejército tan numeroso y horrible como jamás se había visto otro, formado de gigantes, vestiglos, apariciones nocturnas, espantajos y monstruos en forma humana y de animales de una y muchas cabezas, de multitud de piernas y brazos, con caras disformes; bocas abiertas, lenguas sangrientas y colgantes, dientes y colmillos terribles, ojos inquietos, manos sin dedos, cuerpos informes salpicados de

sangre de serpientes y de dragones, simples esqueletos, teniendo por armas pesados sables, cuchillos, lanzas, venablos, hachas, picas, arcos, hondas, mazas y hasta troncos de árboles, peñascos, vómitos de fuego y de veneno; en fin, era un ejército de demonios enfurecidos, aullando y haciendo un estrépito aterrador como la tempestad y el rugido de las olas embravecidas del mar. Este ejército cubría el país en rededor del árbol de la ciencia hasta ochenta yoyanas de distancia, y obscurecía la luz del día como masas de nubes negras. A su presencia se desencadenaron tempestades, desgajáronse árboles y peñascos, relámpagos deslumbradores atravesaron el aire, truenos espantosos conmovieron la atmósfera, aguaceros torrenciales amenazaron anegar el mundo; pero nada de esto tocó al árbol de la ciencia, ni conmovió el espíritu del bodisatva, sentado al pie del árbol, absorto en sus meditaciones y no viendo en toda aquella lucha y en los elementos desencadenados más que una ilusión de los sentidos. «Podrá todo esto aterrar á los que están debajo del árbol de la ignorancia, pero no al hijo de la raza sakia que sabe distinguir lo falso y aparente de lo verdadero y positivo.»

Mara volvió á reunir su consejo de guerra. Entre los llamados estaban mil hijos de Mara, que se declararon unos conformes con la opinión de Sartavaha y los otros con la de su padre; y después de hablar en pro y en contra de la guerra, sacando á relucir los oradores partidarios del combate su poderío, fuerza y seguridad de triunfo, y haciendo notar los otros la sublimidad del bodisatva y la imposibilidad de triunfar de él aunque se le atacara con fuerzas mucho mayores, decidióse Mara por la guerra y ordenó el ataque. proyectiles de toda clase, entre ellos hasta peñascos, volaron contra el bodisatva; pero al aproximarse á él se transformaban en flores, y las llamas y venenos que la hueste enemiga vomitaba sobre él formaron una aureola radiante sobre su cabeza.

Mara corría de una parte á otra, retrocediendo ante su contrario cuando se le presentaba como blandiendo una espada, y avanzando de nuevo cuando advertía su engaño. Volvieron á

llover proyectiles, cadenas, lazos, peñascos, bolas de hierro sobre el bodisatva, pero quedaron en el aire transformados en coronas y guirnaldas de flores que adornaban el árbol de la ciencia.

Entonces el espíritu protervo acudió á la astucia y dijo á su enemigo: «Ve, príncipe, y disfruta de tu dignidad real. Ya que tantos méritos tienes, ¿á qué necesitas agregar á ellos la salvación (de las criaturas)?» A esto le contestó el bodisatva con voz y en términos enérgicos y claros: «Un sacrificio único te ha valido, ¡oh genio del mal!, el dominio sobre el mundo de la sensualidad, mientras yo los he hecho innumerables y grandes por amor de los seres.» Entonces, pidiéndole Mara testimonios de esta aserción y de la vida virtuosa y perfecta del bodisatva, tembló el suelo; salió de su seno radiante y con brillante séquito la diosa de la tierra y se oyó la voz que decía: «Nosotros, ¡oh grande hombre!, somos testigos,» y dicho esto, cesó la aparición. Entonces huyeron las bandas de Mara como chacales cuando oyen el rugido del león; pero aquél detuvo á los fugitivos y dijo: «Un ser como éste no es vencido fácilmente.»

Mara, para hacer el último esfuerzo, habló con sus hijas, las ninfas seductoras, excitándolas á poner en juego todas sus artes, que habían vencido á tantos santos austeros y los habían precipitado de su altura. En efecto, todas volvieron á presentarse ante el bodisatva, las unas ligeramente vestidas y haciéndose las vergonzosas, otras desnudas; éstas lánguidas y melancólicas, pero ardientes; aquéllas retozonas, bromeando, riendo, bailando y jugando, todas ostentando á su modo sus atractivos corporales. Para atraer al bodisatva á sus redes, cantaron estrofas amorosas en elogio de la primavera, de la juventud, que conviene aprovechar, de las perfecciones divinas de sus cuerpos, del deseo y del deleite; mas el bodisatva las miró y oyó sin conmoverse y les habló con suavidad y dulzura, pero sin apasionarse, haciéndoles ver la vanidad y falsedad de los placeres sensuales, la tontería y temeridad de los que corrían tras ellos y la inutilidad de sus esfuerzos para seducirle á él. «Aunque el mundo, les dijo, estuviera poblado exclusivamente de seres como vosotras y yo viviera entre

ellos siglos y eras, jamás se turbaría mi serenidad, ni se despertaría en mí pasión alguna, y mi genio triunfante conservaría su claridad celestial.»

Las ninfas no se desanimaron; apasionadas, encendidas, despechadas y orgullosas del poder de su belleza, se aproximaron una y otra vez al santo, bailando, jugando, cantando y alabando la firmeza y el triunfo del hombre á quien esperaban atraer todavía á sus redes, donde no el trabajo ingrato de maestro, sino el amor, le recompensaría de sus sacrificios y trabajo en los brazos de jóvenes más hermosas y perfectas que las que pudieran tener los hombres y aun los dioses. El bodisatva continuó invencible y les repitió con calma imperturbable el motivo por qué había renunciado para siempre al amor de mujeres y á todos los placeres materiales; de suerte que por fin las hijas de Mara se convencieron de la completa inutilidad de sus esfuerzos; su ardor amoroso se trocó en despecho y veneración, entonaron cánticos é himnos en loor del santo, deseándole el cumplimiento de su deseo de salvar al mundo como se había salvado á sí mismo; le saludaron, dieron vueltas en derredor de su persona de izquierda á derecha y se volvieron cerca de su padre para comunicarle el mal éxito de su tentativa, diciendo que aquel maestro de los dioses y de los hombres era invencible y que antes oscilaría el monte Meru sobre su base, se secaría el Océano y la luna se desprendería del cielo que aquel hombre se dejara caer en poder de mujer.

Mara quedó consternado, y apenas quiso creer que los atractivos de sus hijas hubiesen sido impotentes para seducir á su adversario.

Entretanto se oyeron alrededor del bodisatva voces de mujeres divinas que ensalzaban y glorificaban al santo y otras que imprecaban al espíritu maligno; pero éste, sin hacer caso, volvió á excitar á sus bandas infernales gritando: «Aniquilad á ese enemigo nuestro, que quiere emanciparse y librar á los demás de mi dominio;» á lo cual el bodisatva contestó con calma y valor: «Ni tú ni los tuyos me quitaréis de este trono del conocimiento,»

y añadió que los dioses y los hombres, y hasta el mundo de los goces y el cielo de Kâma, dios del amor, estaban sujetos á él, por lo cual le ordenaba que se retirase de allí. Mara le replicó que si el bodisatva era el rey del mundo de Kâma, él, Mara, le daba la ley; y después de varias réplicas y contrarréplicas, el espíritu protervo volvió á excitar á sus bandas á un nuevo ataque más furioso que los anteriores, pero sin inmutar al santo, que estaba convencido de que aunque el triple mundo estuviese poblado de demonios, no podrían tocarle ni á un solo cabello. Como una tempestad horrible arremetió al bodisatva la hueste proterva rugiendo, aullando y atronando el aire con sus penetrantes gritos de guerra y amenazas, mezclados de voces que decían con sorna, afectando compasión: «¡Estás perdido, hijito; hoy acabamos contigo, aunque admirado y ensalzado por los dioses y los hombres!» Y cepas, troncos, peñascos, bolas de fuego, llamas y serpientes venenosas volvieron á atravesar el aire, hendiendo árboles y montañas; nubes de flechas, picas, sables, hachas y cuchillos obscurecían la atmósfera, y entretanto el bodisatva, el ser purísimo, continuaba sentado en su trono tranquilo é imperturbable, viendo trocarse en flores todos los proyectiles. Sus virtudes perfectas, sus intenciones buenas, su caridad dadivosa, su perseverancia y valor, su sabiduría profunda, dábanle aquella tranquilidad. Por fin el bodisatva golpeó con su mano la tierra y del interior salió una voz atronadora que se fué transmitiendo por los espacios y que dijo: «¡A ellos! ¡Aniquila á esas turbas negras!» Al oír esta voz se aterrorizó el protervo espíritu y emprendió la fuga, que fué la señal de la desbandada de todos los suyos, infantes, jinetes y carros; el terror se apoderó de la hueste infernal; como fieras espantadas huyeron todos los espíritus de las tinieblas, arremolinándose y destrozándose unos á otros, y su jefe, el autor de todo el mal, se quedó solo, abandonado, presa de crueles remordimientos, avergonzado, despechado y envejecido en un instante. Entonces oyó la voz del espíritu del árbol de la ciencia que le dijo: «Anda, márchate aprisa; vergüenza, maldición y desprecio al que persigue al justo.» Al propio tiempo oyó las exclamacio-

nes de júbilo de los dioses y seres celestes que glorificaban al bodisatva, vencedor de Namuchi, el protervo espíritu, y de su hueste. Estas exclamaciones se repitieron como el eco por los espacios hasta el último cielo, y en una lluvia de flores y guirnaldas anunciaron al vencedor su triunfo y el logro de la iluminación espiritual suprema (1).

Mara quedó derrotado; el bodisatva, sentado en su trono adornado con banderolas y bajo un magnífico quitasol, estaba entregado á la contemplación serena y gozó absorto de la iluminación espiritual, que súbitamente inundó su inteligencia como un foco resplandeciente de luz. Ahogando toda idea sensual, obtuvo un criterio despejado, y desechando todo escrúpulo y duda, concentró su espíritu y se despertaron y aclararon su memoria y su conciencia, ilimitadas y libres de toda pasión. Así pasó los cuatro grados de la meditación profunda, concentrada y santa.

Había pasado el primer tercio de la noche, y el bodisatva había adquirido vista divina, pues vió la índole y conducta de los seres todos; vió la falsedad y maldad de los unos y la virtud y rectitud de los otros, sus opiniones, palabras y actos; vió cómo los malos corrían á su perdición para volver á nacer convertidos en seres infernales, y cómo los buenos morían para renacer á otra vida entre dioses y en regiones celestes.

Pasó el segundo tercio de la noche y el bodisatva vió claramente sus vidas anteriores y las de otros; los nombres que en ellas llevaron, la casta y familia á que pertenecieron, la época y el lugar en que vivieron y todo lo que pasaron; en fin, su vista se fué aclarando y ensanchando juntamente con su saber é inteligencia.

Acabó finalmente la tercera y última vigilia, y con el nuevo día cayó el último velo que todavía cubría la vista mental del bodisatva. Este comprendió toda la vida de las criaturas, todo

(1) En el bajo relieve de Amravati que hemos reproducido en la página 261 están representados el consejo de guerra de Mara, éste y sus hijas sentadas sobre el elefante y la huida de los espíritus protervos.

el mal, su triste suerte, sus nacimientos, sus existencias, su vejez y caducidad y sus muertes. Vió claramente que teniendo que renacer se había de padecer, envejecer y morir; vió que la causa del renacer á nuevas existencias es la necesidad del desarrollo, de la formación y perfección de los seres, y la causa de esta necesidad es el error que toma al mundo aparente por verdadero. El error es el primer eslabón de la cadena de alucinaciones que los seres tienden á sacudir, y sus esfuerzos en este sentido les conducen á nuevas existencias ó vidas con sus penalidades, enfermedades, vejez y muerte.

Cuando el bodisatva hubo comprendido el eslabonamiento de las causas y lo hubo desarrollado en su mente, conoció que destruyendo la causa primera, el error, quedarían suprimidas todas las consecuencias; entonces la verdad podría reemplazar al error, y la verdad es el conocimiento de los males inseparables de toda existencia, de la sensualidad, miseria ó ceno de la vida, y de las alucinaciones ó ideas falsas. La verdad es la ciencia de todos los males, de su origen, de su aniquilamiento y del camino que á este aniquilamiento conduce.

Con este conocimiento quedó súbita y completamente iluminado el bodisatva; había alcanzado la ciencia suprema y con ella su emancipación de todas las miserias; había llegado á ser otro Buda. Los dioses y los hijos del cielo llegaron de todos lados con flores esperando el momento de hacerlas caer sobre el buda completo. Entonces se levantó éste, según dice la leyenda, á la altura de siete palmeras y exclamó:

«Cegado está el camino (de las penalidades terrenales); la bruma (de la obcecación) se ha disipado; el ceno (las pasiones carnales) ha perdido su influencia; el mal ha quedado detenido y ha cesado la pena.»

Al concluir la voz llovieron tantas flores del cielo que cubrieron el suelo hasta un pie de altura.

El bodisatva había alcanzado la iluminación sublime y con ella la dignidad de Buda. Entonces se conmovió la tierra seis veces, como se había conmovido en el día de su nacimiento, y en

todo el ámbito del universo reinaron la paz, la tranquilidad y la bienaventuranza. «Por mí, pudo decir el nuevo Buda, se han acabado los renacimientos, la vejez, la muerte y la pena,» y perfectamente consciente de este triunfo, permaneció meditabundo é inmóvil la primera semana en su trono. Allí se le presentaron los moradores del mundo de Kama, numerosas turbas de apsaras ó ninfas celestes para presentarle sus homenajes y glorificarle en sus himnos como dios de los dioses y señor supremo. «Mara y su poderío han quedado vencidos, cantaron; ahora podremos saborear el manjar de la inmortalidad.» Acudieron también los hijos divinos de las regiones celestes purísimas, de la luz resplandeciente y del mundo bramánico, para rendir sus homenajes al triunfador perfecto y glorificarle, cada clase á su manera, con himnos solemnes de alegría, y cuando un grupo concluía sus cantos se retiraba á un lado, mostrando veneración y respeto, para dejar sitio á otro grupo.

Siete días estuvo Buda, como se ha dicho, inmóvil en su trono con las piernas cruzadas y la mirada fija, gozándose en la iluminación de los grados sucesivos de la meditación por que había pasado; y á un hijo divino que le preguntó lo que meditaba, contestó: «Gozo.» Como un rey cuando toma posesión de su trono, ó cuando acaba de vencer á sus enemigos, estaba Buda, el vencedor de Mara y de la miseria de las criaturas, sentado en su trono. Después se levantó y se volvió á sentar, para quedar otra semana en su trono precioso. En esta semana recorrió con el pensamiento el universo, que comprende los tres mil millones de mundos; en la tercera semana fijóse su mirada únicamente en el trono al pie del árbol de la ciencia, y durante la cuarta semana recorrió la tierra, desde el mar oriental al occidental, siempre acompañado de los himnos de los seres divinos y de una lluvia de flores y perfumes.

Por aquel tiempo acercósele otra vez el tenaz Mara para aconsejarle que fuese á gozar el descanso eterno, ya que había conseguido lo que tanto había deseado; pero Buda contestó al tentador que no iría á gozar el descanso eterno hasta que hubie-

ra suficiente número de monjes mendicantes iluminados, fieles adeptos de su ley y aptos para enseñarla y defenderla contra sus adversarios; hasta que el Buda, su ley y su iglesia estuvieran sólidamente cimentados en el mundo; hasta que hubiera innumerables bodisatvas encaminándose hacia la iluminación suprema, y hasta que se hallaran establecidas las cuatro congregaciones iluminadas y fieles.

Al oír esto Mara, se retiró cabizbajo y disgustado y se sentó en un sitio retirado, donde se entretuvo en trazar con su bastón figuras en la arena. Así le encontraron sus hijas, Rati, Arati y Trishna, que enteradas del motivo de la aflicción de su padre, le consolaron y le dijeron: «Somos mujeres y te traeremos á ese hombre aherrojado por la pasión.» Su padre trató inútilmente de disuadirlas de su empresa, diciéndoles que aquel hombre venerable y perfecto se había librado para siempre de las pasiones y de su poder; las temerarias fueron y probaron sus artes de seducción, pero Buda no hizo caso de ellas y no tardaron en verse transformadas en viejas apergaminadas. Desesperadas volvieron á su padre, el cual las aconsejó que acudieran á la misericordia de Buda. Hicieronlo así, y Buda escuchó sus súplicas y les restituyó á su estado anterior, diciendo: «Los que reconocen su culpa y se enmiendan, pueden vivir en adelante según la ley verdadera.»

Buda pasó la quinta semana en la morada de Mucilinda, rey



Glorificación de Buda, como maestro de los dioses y de los hombres, bajo relieve de Amravati.